

ILUSTRACION  
ARTISTICA

AÑO V

← BARCELONA 21 DE JUNIO DE 1886 →

NUM. 234

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LA JORNADA POSTRERA, cuadro de G. Urlaub

## SUMARIO

TEXTO.—*Nuestras grabados.*—*La procesión del Corpus Christi en España*, por don Vicente de la Fuente.—*Interiores*, por don Carlos Fernández-Shaw.—*El ramo de margaritas* (continuación), por don F. Moreno Godino.—*El barco submarino sistema Nordenfjell.*—*Viaje á Filipinas* (continuación), por el doctor J. Montano.  
GRABADOS.—*La jornada postrera*, cuadro de G. Urlaub.—*Huyendo del fastidio*, cuadro de F. Seymour.—*El estanque*, dibujo de J. M. Marqués.—*En la bahía*, cuadro de H. Woods.—*Un bazar al aire libre*, cuadro de H. Woods.—*El barco submarino de M. Nordenfjell.*—*Corte del barco submarino.*—*Paso del torrente Tagulaya*

## NUESTROS GRABADOS

## LA JORNADA POSTRERA, cuadro de G. Urlaub

El asunto de este cuadro está tomado de una Balada alemana. Los poetas populares de Alemania han cantado y cantan en ese género de poesía, los grandes hechos y las más arraigadas creencias de su tierra. La patria y la mitología son las fuentes comunes de inspiración de la Balada, horizonte más vasto que el de nuestro Romancero, consagrado casi exclusivamente á enaltecer determinadas hazañas ó héroes de nuestra historia. El romancero, expresión del sentimiento de un pueblo por demás caballeresco y cristiano, carece de la parte fantástica de la Balada, propia de un país donde la tradición ha poblado de seres imposibles los ríos, los prados, los bosques y los montes. Es cuestión de temperamento popular: el poeta se ajusta casi siempre al sentimiento de la multitud, que encarna en sus versos, si es realmente un poeta nacional.

El autor del cuadro que publicamos se ha inspirado en una Balada de Carlos Bleibtren. El viejo guerrero prutzi ha salido á campaña con su hijo: casi desnudo ha presentado su cuerpo al enemigo, y la lanza de éste se ha quebrado como una caña hueca antes de llegar á la curtiada piel del veterano. Menos piadoso el cielo con su hijo, le ha herido de muerte en la refriega; y el anciano carga en su caballo al joven moribundo, que verifica su jornada postrera, la jornada que conduce al término celeste.

El sentimiento que respira la Balada trasciende al cuadro. El semblante del anciano revela el dolor del padre, dolor mudo, dolor comprimido, porque en el fondo de las creencias del viejo prutzi hay una parte de ese fatalismo horrible que neutraliza los más naturales impulsos. El cuerpo del mancebo acusa su mortal estado, mas tampoco el dolor físico le rinde: el prutzi no puede ser cobarde ni aun después de herido por la muerte. Hasta el caballo que conduce á los dos guerreros parece comprender la desgracia de éstos. La misma vegetación es triste: el autor ha estado en lo justo; en este cuadro todo parece morir.

## HUYENDO DEL FASTIDIO, cuadro de F. Seymour

Rara es la persona á la cual no place el aire libre; mas para el infeliz prisionero, el aire libre es la obsesión de todos los días y el sueño de todas las noches. En la sociedad musulmana, la mujer es un ser condenado á prisión perpetua, prisión sufrida á menudo en preciosa jaula, pero al fin y al cabo prisión. Ciertamente su fatal destino se halla compartido con otras mujeres igualmente desgraciadas; mas la desgracia engendra raras veces generosidad: la prisionera del harem se hace muy pronto egoísta y huye el trato de sus compañeras, busca la soledad y en el sitio más recóndito del jardín que rodea el palacio, donde es á un tiempo reina y sierva, se hace la ilusión de que ha recobrado su libertad y con su libertad el derecho de amar voluntariamente y de defender su pudor contra los ultrajes inferidos á la esclava. Mas esta agradable ilusión dura bien poco: uno de los guardianes del harem, representante de los ilegítimos celos de su señor, va en busca de la ausente y se complace en desgarrar sus ensueños. La mujer de Oriente no es dueña ni de huir del fastidio.

Tal es la escena ó mejor la situación que Seymour ha interpretado con talento.

## EL ESTANQUE, dibujo de J. M. Marqués

Marqués se ha propuesto estudiar y reproducir en pintura y dibujo una de las cosas más difíciles, el agua. En este estudio hace progresos tan rápidos como pueden haberlos apreciado los favorecedores de nuestra ILUSTRACIÓN, que poseen las mejores primicias del joven y distinguido artista. El trabajo que hoy publicamos es de una ejecución admirable de verdad: esa agua no puede confundirse con la del río, ni siquiera con la del pantano; es una agua muerta, espesa, fangosa, de la cual se exhalan miasmas deletéreos, engendrados de esas fatales fiebres intermitentes, que son el azote de ciertas comarcas. En las orillas de esas aguas apenas se eleva la frágil caña combatida por el cierzo: al verlas tan altas y tan delgadas, cualquiera diría que las cañas son los tísicos de la vegetación y que su falta de corpulencia es debida á las ponzoñosas aguas que bañan sus raíces.

En la ejecución de ese dibujo ha estado Marqués verdaderamente económico de recursos; y sin embargo, la impresión que causa es profunda: esto consiste en que ha visto á la naturaleza con ojos de artista.

## EN LA BAHÍA, cuadro de H. Woods

Bajo el esplendente sol de Italia, á la sombra de unos árboles que cobijan artísticas estatuas, aspirando el ambiente de las flores, oyendo de continuo apasionadas canciones y entregados al *dolce far niente* de los pueblos meridionales; no es extraño que el amor adelante mucho camino en el corazón de los italianos. De amor es la escena de nuestro cuadro; amor tranquilo como las aguas cabe las cuales se enamoran esos dos jóvenes; pero, como las aguas, susceptible de agitarse y producir catástrofes.

## UN BAZAR AL AIRE LIBRE, cuadro de H. Woods

Escena callejera presentada con suma verdad. Las figuras son expresivas y los objetos se hallan expuestos con el mismo desorden que preside generalmente en esos lugares donde se venden prendas de lance, cada una de las cuales tiene una historia triste ó repugnante. El viejo mercader hace el artículo con gravedad propia de sus años, los cuales le dan cierto aspecto de hombre de bien, no común en los preñados, comerciantes casi siempre en agencias desdichadas. Regatea el mercader con naturalidad y sonríen maliciosamente unas mozas, acostumbradas sin duda á ver cómo el ropavejero saca más partido de sus palabras que de los mismos cachivaches de su bazar. Del todo resulta un concierto armónico, una escena animada y un cuadro de género agradable.

## LA FESTIVIDAD DEL CORPUS CHRISTI EN ESPAÑA

## I

El origen de esta festividad se remonta á mediados del siglo XIII, como general y para toda la Iglesia católica, pues algunas particulares sostienen que se celebraba en ellas desde época anterior. La de Angers asegura que allí existía desde el año 1019 una festividad que llamaban *Sacrum* establecida en desagravio de los errores de Berengario, arcediano de aquella ciudad, precursor de los sacramentarios, pues negaba la presencia real y corporal de Jesucristo en la Sagrada Eucaristía, con cuyo motivo se celebraron concilios en Roma y Francia en los cuales fué condenado él y anatematizados sus errores, en que estuvo tenaz, pues aunque abjuró dos veces, tuvo la debilidad de recaer en lo mismo que negaba, apelando á varias sutilezas. Por ese motivo en aquella iglesia se celebraba una gran procesión, con gran concurrencia y aparato.

Pero este y algunos otros hechos aislados que se refieren significan poco en este asunto. El papa Urbano IV, natural de Troyes, fué el que la mandó observar en toda la Iglesia con gran solemnidad desde el año 1264, pues también se celebraba ya establecida anteriormente en algunos puntos de Bélgica, y especialmente en Lieja, donde Urbano había sido arcediano antes de abrazar el monacato. Contribuyeron para ello las súplicas de una venerable religiosa Cisterciense, llamada Juliana, natural de Betines, aldea cerca de Lieja en Flandes, y Abadesa del monasterio de Monte Cornillon. Esta comunicó á su director revelaciones que había tenido y á que había resistido dar asenso en su grande humildad. El obispo de Lieja, Roberto, estableció la fiesta en su diócesis el año de 1246. Cuando Jacobo Pantaleón, arcediano de Lieja y después obispo, llegó á ser Urbano IV, extendió la festividad á toda la Iglesia.

El objeto de esta piadosa festividad es aumentar el culto del Santísimo Sacramento con cierto aparato público y externo, pues aunque el día de Jueves Santo se celebra la fiesta de la Institución de la Sagrada Eucaristía en la noche de la última Cena de Jesús con sus discípulos, como á ésta siguió inmediatamente la cruenta pasión y muerte de éste, la Iglesia católica tiene que añadir á este recuerdo otro lúgubre, que viene en el mismo día, cortando las expansiones de júbilo y solemnidad, pues en la misma Misa de aquel día suprime el toque de campanas.

Encargóse á Santo Tomás de Aquino y á San Buenaventura redactar el oficio de aquél. Muy bello y lleno de ternura el de este segundo, pero se prefirió el del primero que hoy día es el que se reza. Se ha querido suponer que según iba leyendo Santo Tomás iba San Buenaventura rasgando lo que había escrito; pero esto es una anecdota desechada por la sana crítica. En todo caso honraría la humildad de Santo.

El oficio indica desde sus primeras palabras el objeto de la festividad. El versículo con que comienza el oficio declara desde luego el pensamiento, pues en la invitación á la festividad (*ó invitatorio*) prorrumpen el coro en esta exclamación: ¡Vamos á adorar á nuestro Rey, el que manda en todas las naciones!... De Santo Tomás son los preciosos y bien conocidos himnos *Pange lingua... Sacris solemniis*, que parece el más adecuado á esa solemnidad, *Verbum supernum prodiens*, y también el ritmo *Adoro Te, devote latens Deitas* en versos asonantados, recuerdo de los leónicos de la Edad media. El *Pange lingua* es el más conocido de todos, pues se usa cotidianamente para la exposición y reserva del Santísimo, dedicando á esta las dos últimas estrofas conocidas por el *Tantum ergo Sacramentum* que se cantan estando todos postrados de rodillas, para cumplir lo que luego dice, *veneremur cernui*.

El otro objeto de la solemnidad es dar un culto público á Jesucristo en los pueblos católicos, aún fuera de los templos y las iglesias en las calles mismas de las poblaciones, saliendo por ellas triunfalmente como Señor universal, y como para santificarlas y purificarlas, al modo que por otro concepto en días anteriores y en las mañanas de la risueña primavera sale el párroco procesionalmente en los pueblos rurales, en forma de modesta rogativa, á bendecir los campos y las mieses, y pedir su conservación al autor de la naturaleza y árbitro de los destinos para que lleguen á sazón y puedan recolectarse para la conservación de los cuerpos.

No tuvo al pronto la festividad del Corpus toda la aceptación que debiera por efecto de las muchas guerras y discordias de aquella época. Por ese motivo fué restablecida en el Concilio de Viena el año de 1311, en tiempo de Clemente V, estando allí los reyes de Aragón, Francia é Inglaterra. Más adelante el Papa Juan XXII el año de 1316 añadió el mandato de que se llevase el Sacramento por las calles, con el objeto que se acaba de indicar, y además que durante ocho días hubiesen el culto y liturgia especial del día del Corpus con exposición del Santísimo. Con este motivo tomó ya la festividad un carácter especial, no como quiera de solemnidad pública, sino también oficial, asistiendo no solamente las autoridades civiles y militares, sino los Reyes mismos con toda la Corte y la grandeza, todo el clero secular y regular, y teniéndose por honra el llevar una vara del pálio, pues no podía negarse á Dios la ceremonia que se hacía con los Reyes el día de su coronación. De aquí también el aparato de entoldar y enarenar las calles, engalanar las ventanas y balcones con vistosos tapices y colgaduras, según la fortuna de cada uno, la formación de las tropas, las salvas de artillería, los arcos triunfales ó de ramaje, y las muestras de rendimiento de armas y banderas; pues

tomado por punto de partida que Dios es más que Rey y Emperador, que se le ha de tributar, no sólo culto particular y de corazón, sino también público homenaje y acatamiento, y que para éste se debe tomar por tipo el que se da al monarca, ó se daba en el día de su coronación, claro está que se adoptaron para esto los usos y ceremonias que en cada país se usaban en tales festejos reales, hasta el ostentar la custodia en magníficas carrozas. Así que en todos los países católicos el día del Corpus llegó á ser, y es hoy día, de gran regocijo: la Iglesia ostenta todas sus galas, y paramentos blancos bordados de vistosos colores y recamados de oro, y aún las familias cristianas visten sus mejores ropas, las señoras sus alhajas, y en Madrid todavía á mediados de este siglo era costumbre en el paseo por las calles recorridas por la procesión bajo el toldo municipal, que resguardaba estas del sol meridional, lucir las señoras la clásica mantilla blanca española de ricos encajes de Almagro, Barcelona y Flandes en elegante competencia.

Tal es el carácter grandioso, festivo, tradicional, oficial y público de esta solemnidad religiosa y civil á la vez. En España conserva todavía condiciones especiales en varios conceptos que no deben ser olvidados (1). Barcelona, Granada, Daroca, Madrid y Toledo tienen cosas tradicionales que bien merecen algún recuerdo especial, aún prescindiendo de la descripción de las riquísimas custodias de sus iglesias, que sería asunto demasiado vasto.

## II

La tradición española supone que influyó algo en el ánimo de Urbano IV el célebre misterio de los Corporales de Daroca, ocurrido hacia el año 1138 en tiempo de don Jaime el Conquistador y poco antes de la conquista de Valencia. Estando para comulgar las gentes del Bajo Aragón que sitiaban el castillo de Chio, al mando de don Berenguer de Entenza, salieron los moros de rebato. Acudieron los caudillos á ponerse al frente de sus huestes, mas cuando volvieron á comulgar halló el sacerdote las seis formas pegadas á los corporales y bañadas de un color rojo sanguinolento.

Conserváronse en la iglesia de Santa María ex-colegial de Daroca, en un rico viril de oro que regaló el mismo don Jaime, y que sólo se saca en procesión el día del Corpus en que se enseñan al público, con gran aparato.

En Barcelona reviste la solemnidad condiciones especiales. La custodia, riquísima por su materia y pedrería, es de forma antigua y de gran mérito artístico. Va colocada sobre silla de plata que regalaron los Concelleres á don Juan II y éste no quiso usar.

Desde la muerte del virey marqués de Santa Coloma en el funesto día del Corpus, las tropas de la guarnición formaban en otro tiempo sobre la muralla y los buques de guerra se hacían al mar.

En Zaragoza y muchos pueblos de Aragón la procesión se verifica por la tarde, antes de ponerse el sol.

En Madrid se trató años pasados de adoptar esta costumbre, pero no gustó á la gente elegante, pues quitaba el paseo de una á cuatro en la calle Mayor. La procesión de Madrid tiene poco que ver: muchos hospicianos, muchos pendoncillos, muchos curas y mucha tropa. La custodia antigua fué robada el año de 1854 misteriosamente y eso que pesaba bastante, pues tenían que llevarla en hombros doce sacerdotes relevándose de seis en seis. La actual de plata es de buen gusto y estilo moderno, pero no puede compararse con la mayor parte de las de las antiguas catedrales.

Las custodias de Toledo y Sevilla pasan por ser de las principales y mejores de España y sus descripciones son bien conocidas, como también los nombres de Juan de Arfe, los Becerriles de Cuenca y otros célebres plateros que construyeron varias y muy preciosas en la mejor época del género plateresco en el siglo XVI.

La de Toledo es conducida en una carroza guiada por dos hombres, uno de los cuales maneja una especie de timón que la mueve y dirige, mientras que el otro, que va delante, pero sin dar la espalda á la custodia, procura que vaya ésta siempre recta y vertical, por medio de una especie de teclado que hace subir ó bajar los tableros de la carroza, de modo que á pesar de las muchas cuestas y pendientes de aquella ciudad enriscada, la custodia no se puede ladear ni quedar inclinada hacia atrás ni hacia adelante.

En Sevilla al regresar la procesión á la grandiosa catedral, queda la custodia entre el trascoro y la puerta principal abierta de par en par, por delante de la cual desfilan las tropas con el capitán general á la cabeza, haciendo los honores que prescribe la ordenanza para el Rey en tales casos.

Las fiestas de Granada el día del Corpus y durante la octava, tienen fama por su esplendor y brillantes decoraciones, lo cual atrae allá gran número de forasteros.

En algunas partes se conserva la costumbre de llevar en andas las efigies de los santos de gran devoción en el pueblo y sus reliquias, á manera de celestiales cortesanos que acompañan al Rey de la gloria en aquel acto triunfal, pero en otras partes no lo consienten, ora porque distrae la atención del principal objeto, ora porque en Roma no se hace y aun se dice haberlo prohibido. Pero en esto como en otras cosas ha prevalecido la costumbre,

(1) En esto se fundó el general Prim para mandar con buen sentido práctico que se cumpliera con la ordenanza militar en esta parte el año 1869, para evitar el disgusto de la generalidad de los pueblos y los desacuerdos entre los militares, cualesquiera que fuesen las opiniones religiosas de los jefes.

y no deja de ser notable que en una ciudad como Salamanca, cuya célebre universidad no podía ignorar estos mandatos, se use el llevar en la procesión las efigies de todos los santos titulares de las parroquias.

También está prohibido llevar la custodia en andas ó peanas conducidas en hombros de sacerdotes, y con todo, la Congregación de Ritos lo permitió para España, por no ser posible llevar de otro modo las enormes custodias de nuestras catedrales, que echaría de menos el pueblo en tales solemnidades. Lo ritual es que el preste, asistido de diácono y subdiácono si fuese posible, lleve la custodia en sus manos, por lo cual se hacen pausas (ó estaciones) en algunos parajes de la carrera, á fin de que pueda descansar algún tanto, y entre tanto se hace la adoración y se incienso, mientras que el coro entona algunos motetes.

En Roma lleva el Papa la custodia, siendo él á la vez conducido en le sede ó silla *gestiaria*, conducida en hombros de sus *sediaros* (criados vestidos de encarnado), pero en ella va arrodillado, apoyando la custodia en el reclinatorio.

III

En España, entre los muchos y ruidosos pleitos á que daban lugar las cuestiones sobre colocación de corporaciones, antigüedad de las corporaciones religiosas y civiles, conducción del palio, distribución de sus varas y otras de este género, hubo también en el orgulloso y etiquetero siglo XVII y aun en el XVIII, algunos entre los obispos, audiencias, vireyes y otras autoridades. Solían, y aun suelen los obispos, sobre todo presidiendo de pontifical, llevar un sillón de respeto, que conducían sus pajes ó familiares: como eran ancianos y se fatigaban, lo que era de respeto en su origen, comenzó á ser de uso. Llevaron á mal las audiencias estar en pie mientras el obispo estaba sentado y exigieron llevar también sillas. La cuestión tomó tales proporciones que fué al Consejo de Castilla con motivo de una reyerta ocurrida con el obispo de Cartagena y Murcia. Fallóse que el obispo pudiera llevar silla, y está entre las leyes recopiladas.

También se halla entre ellas la que prohíbe vayan delante de la procesión tarascas y gigantones, lo cual daba lugar á muchas irreverencias. La tarasca (1) era un enorme reptil ó lagarto, que representaba á Satanás. En Madrid la tarasca soportaba una gran muñeca, como especie de ángel que la dominaba; pero se introdujo la costumbre de vestirla con el traje de moda, de modo que servía de figurín para los trajes de verano. Este y otros varios abusos dieron lugar á tal prohibición. En Toledo los gigantones antiguos y otras figuras grotescas se colocan contra la pared, junto á la puerta por donde sale la procesión.

Están excusados de asistir á la procesión del Corpus los institutos monacales, por estar generalmente lejos de poblado, pero no los mendicantes; mas en Madrid se obligaba á que asistiesen cuando el Rey asistía á la procesión. En tales casos solía haber grandes etiquetas, pues iba toda la servidumbre de palacio, alta y baja, después del clero regular y parroquial, presidiendo el capellán mayor con el clero palatino, lo cual daba lugar á no pocas irreverencias y al disgusto del clero en general, pues en realidad eran dos procesiones en una.

La última vez que se vió esto fué en la de 1875 á la cual asistió el joven monarca D. Alfonso XII (q. s. g. h.).

VICENTE DE LA FUENTE

INTERIORES

Para tertulias caseras la del bueno de D. Tiburcio Rodríguez Zaganete. D. Tiburcio, empleado en Hacienda con veinte mil reales, después de cerca de cuarenta años de irreprochables servicios, sin más paréntesis en su dilatada carrera que el que abrió (con no poco daño del presupuesto de la casa que desde entonces no acaba de enjugar su déficit) una malhadada cesantía allá por los meses del último gobierno de Narvaez, todo este D. Tiburcio es *pater familia* en un hogar donde bullen y se dan á los demonios de continuo una esposa de mal genio y peor cara todavía y cinco pimpollos, cinco rosas, como dice Panchito Gil, un *sinsonte* de la *enramada*, muy su platónico amigo; y detalle no es para olvidado que aún ninguna de aquellas cinco gracias, que no siempre han de ser tres, ha encontrado galán ni barba que con buenos fines le haya dicho, como quien no quiere la cosa: Buenos ojos tienes.

La tribu de D. Tiburcio, como la denomina en sus ratos de indignación la portera de la casa, vive en una bastante vieja y destaralada, sita en la calle del Pez y en un cuarto no muy grande, pero tampoco muy bonito ni alegre. Todo en él, sin embargo, se sacrifica á la decencia y amplitud y galas de las habitaciones *de recibo*. La nunca bastante célebre familia *se queda en casa* todas las noches, si se exceptúan las de los domingos, pues en tales días *quién* no se permite el lujo de un poquito de teatro? Las tertulias de D. Tiburcio tienen dos objetos. Con uno se entusiasma su noble mitad. Con el otro por lo menos transige. Las niñas, cuyos años andan ya desde los veinte muy cumplidos hasta los treinta muy pasados, necesitan encontrar *quienes carguen con ellas*. (Esto no lo dice D. Tiburcio sino cuando se pone de muy mal hu-

mor.) A semejante motivo, que lo justifica todo, se añade el de la conveniencia de que acudan algunos compañeros y amigos del probo funcionario público con la sana intención de hacer más llevaderas las horas de sus veladas acompañándole á jugar su partidita de tresillo. Así D. Tiburcio se entretiene, y, lo que gotea, gotea, es á saber: tres ó cuatro ó seis reales por noche... ¡para tabaco! Ya lo dice Gutiérrez, su compañero en Hacienda por el día y su víctima en los codillos por la noche: «No hay quien pueda con él. No hay quien pueda con él.»

Además de la mesa donde se decide la partida magna, en otra mayor presidida por D.<sup>a</sup> Dolores, la media naranja de D. Tiburcio, y amenizada con la presencia de Eduvigis, Lola, Casilda, Pepa y Virtudes, los cinco pimpollos, se reúne la flor y nata de la *divertidísima* tertulia. Allí también tienen sus juegos. ¡Pues no faltaba más! El *julepe*, el *burro... e tutti cuanti*. La ley de la costumbre y la no menos atendible de la economía reconocen, como campo de batalla continuo, el gabinete. La sala, el salón, que por no menos le distingue D.<sup>a</sup> Dolores, se reserva para los días muy sonados, pero muy sonados. Por razón, que ya excuso porque huelga, sólo en tales ocasiones se baila. ¡Naturalmente! ¡Con tantos brincos no hay alfombra que resista!

¡Qué animada y rebotando satisfacción y holgorio no bullía en estas noches de invierno crudo la encantadora tertulia de la calle del Pez! Al amor de la lumbre... del brasero ¡qué animadísimo coloquio, y cuánto de chanzas y bromas y dimes y diretes! Don Tiburcio acaba de merecer una de las mayores honras que pudo soñar. ¿Quién dirán Vds. que va todos los martes, todos los sábados y hasta algún que otro lunes á su casa, dignándose jugar con él su clásica partidita? Pues nada menos que D. Sisebuto González de Lamadrid y Díaz de los Huércoles, director que ha sido en el Ministerio de Gracia y Justicia, hará solamente unos treinta años y que á pesar de los setenta que le van á los alcances acaba de contraer matrimonio con una de las muchachas más preciosas de Madrid. ¡Lo que Vds. oyen! Bien es verdad que la pobre Conchita Pérez, harta de pasar miserias y de esperar en vano el santo advenimiento de un novio y á la vez temerosa de ser relegada al gremio ilustre de modista de imágenes, se resignó á entregar su blanca mano en la muy arrugada y débil de D. Sisebuto, pues su arriscado pretendiente, con un desprendimiento que no dudo en calificar de conmovedor, le ofrecía como dote más de la mitad de lo que él se permitía llamar sus ahorros; casi unos tres mil duros de renta. ¡Tres mil duros de renta! ¡Y en estos tiempos! Si no olvidamos que D. Sisebuto jamás heredó ni tuvo de quién heredar un céntimo; que nunca trabajó particularmente ni limpió ni mucho, y que las noticias que debemos á su hoja de servicios públicos no nos los cuenta sino en muy breve plazo (casi todo él en Cuba), ¿quién no admira la sorprendente virtud del ahorro del incorruptible D. Sisebuto? Tuvo lugar la boda no hace gran cosa de tiempo; allá por la primavera. Fué condición impuesta por D. Sisebuto convencido seguramente de la verdad profundísima de una gran frase, que ha hecho grabar sobre los vasares de su tienda, un comerciante de ultramarinos en Madrid y que dice (la frase por supuesto): *El amor es la mejor flor*. ¡Qué de abrazos y enhorabuena recibió D. Sisebuto por aquellos días! Ciertas palabras, singularmente, parecieron estereotiparse en todas las conversaciones: — ¡Vamos! D. Sisebuto, es V. el hombre de la suerte! — y de tal modo, que ya no hay amigo casi, que no le dirija, cada vez que se le halle de manos á boca, tan lisonjera salutación. Pero, ¿dónde no dejan sentir sus mordeduras las malas intenciones? ¿Querrán ustedes creer que ya hay gentes que se dedican á murmurar sobre los chascos de que está siendo víctima don Sisebuto y sobre alguna que otra aventurilla, no de muy buen género, aunque probablemente inventada, en la que juega papel, si no muy claro, muy divertido, su encantadora mitad? Y no sólo esto. ¿Qué cosa más natural que Juanito Soler (un capitán de artillería muy listo y muy buen mozo por cierto), enterado, vaya V. á saber dónde ni por quién, de lo divertidas que son las tertulias de la calle del Pez, abandonar su butaca del Real y su círculo de la Peña para concurrir á menudo á tan amenísima reunión. Pues ¡y poco, apenas, que han criticado á Soler! ¡Como si fuera responsable de que su amistad con los señores de Rodríguez Zaganete coincidiera casi con la presencia de Conchita en la famosa tertulia! ¡Como si no pudiera ser obra solamente de la pícara casualidad, que todo lo revuelve y trastorna, la coincidencia de que no va el uno sino las mismas noches que concurre la otra!

De todas maneras, ¡qué calumnias, sí señor, qué calumnias se han levantado sobre la frente de D. Sisebuto! ¡Y si no hubieran sido más que calumnias!

Pero, ¿quién es capaz de parar los pies á la murmuración?

La calumnia è un venticello...

— ¡Ni en casa de Medinaceli! — decía con gran énfasis don Sisebuto no hace muchas noches entrando en el gabinete del *palacio* de D. Tiburcio. — ¡Qué animación! ¡qué alegría! ¡No falta nadie! ¿Usted también por aquí, Soler? Tanto gusto...

Y decía verdad el buen señor. No cabía más gente ya, ni en la sala, en cuya media luz refugiábanse los desterrados, por su tardanza en venir, de las alegrías del gabinete. ¡Qué gran noche! González, un tipo delicioso cuyas bondades y excelencia cantaba en todos los momentos doña Dolores, ocupaba desde temprano su sitio en la mesa grande y á su alrededor se dejaba ver lo más distinguido

y agradable de la tertulia. ¡Qué manera de contar chascos y decir cuentos la de González! ¡Inimitable! Es verdad que algunos, muy pocos, no brillaban por lo pulcros ni por lo velados, pero, «¡Ay! González, los dice usted tan bien, — le aseguraba D.<sup>a</sup> Dolores, — tan bien, ¡tan bien! ¡y con tantísima gracia!» Algún mal intencionado se atrevió á indicar sus temores de que algunas veces el tal González *se quedaba* con la reunión. Pero... ¡no era posible! ¿quién podría sospecharlo? Por Dios, hombre, ¡un chico tan formal!

— ¿Cuántos? ¿Cuántos? — gritó D. Sisebuto que ya tenía empeñado su juego con Gutiérrez, D. Tiburcio y Panchito. — ¿Cuántos van, González?

— Pocos y malos.

— ¡Ay! no lo crea V., — interrumpió Virtuditas.

— Por Dios, González, no se achique V., — insistió doña Dolores.

— ¡Señora!

— ¡Códillo! señor D. Sisebuto, — le gritó Gutiérrez.

— ¡Caracoles! ¡Si no me distrajera!

— ¡Fíese V., fíese V. del mozo...!

— ¡Caramba, con Panchito, y qué suerte...!

— No me envidie V., no me envidie V... ¡Afortunado en el juego!

— ¡Afortunado en el juego! ¡Afortunado en el juego...! — gritaron dos ó tres voces recalando la frasecilla.

— ¡Señores...! — se permitió balbucear Panchito medio saltando en la silla, turbado por la emoción. — ¡También á veces!

— ¡Qué jóvenes, pero qué jóvenes! — dijo con voz campanuda y seca D. Sisebuto desde la cima de su respetabilidad.

— ¡Vaya, que V., — le interrumpieron por lo bajo, — don Sisebuto, es V. el hombre de la suerte!

— Y á propósito, — indicó González, — ya que discuten ustedes sobre cosas tan viejas, ¿á que no saben Vds. lo que pasó no hace mucho al pobre Pérez? Alguna de ustedes lo conocerá...

— Ya lo creo; ¡su amigo de usted!

— Tan simpático.

— Muy simpático.

— Cuente usted.

— ¡Pero, ¿qué le ha sucedido?

Todas las conversaciones se detuvieron de repente.

Y principió González:

— Yo creí que Vds. ya lo sabían. ¡Si es para tirarse por un balcón! El infeliz es de los tontos que aun creen á ojos cerrados en ciertas antiguallas...

(*Don Sisebuto con voz estentórea.*) ¡Joven! ¡Joven!

— Déjeme V. seguir. Es de los que se preocupan con ciertas supersticiones.

— Ya eso es otra cosa. Adelante, pollo, adelante. No se distraiga V., Gutiérrez, dé V. las cartas. El *público* lo primero.

— Pues bien, — continuó González, — el infeliz Pérez creía, ¡pero cómo! en la verdad absoluta de los dichos y por consecuencia en la del que asegura que *afortunado en el juego... etc.* Cierta noche que volvía cariacontecido y fastidiado á su casa en busca de sueño y olvido... ¿qué tal? después de recibir una de las más horribles calabazas que registra la historia (*grandes risas*) recordó que al día siguiente se jugaba la lotería y, dicho y hecho, ahorcó sus ahorros y compró... un billete entero. (*Sensación.*)

(*Eduvigis á D.<sup>a</sup> Dolores que se permite regañar á Virtudes por ciertas miradas que ha dirigido al sinsonte:* Por Dios, mamá, cállate ¡que está hablando González!)

— «No es posible dudarlo, — se afirmaba á sí mismo Pérez. — Después de tamaña desilusión en achaques de amores, ¿qué más natural sino que la suerte me favorezca en el juego?» Figúrense Vds. que á cualquiera de los que nos estamos viendo las caras ahora le tocase el premio gordo. (*Murmullos prolongados.*) ¿Calculan Vds. la emoción? ¿La suponen, mejor dicho? Pues ya pueden ustedes imaginarse la sorpresa de mi desgraciado amigo al encontrarse poseedor nada menos que de diez y seis mil duros. Y luego nos vendrán contando, me decía aquella tarde, calenturiento de tanta alegría, después nos dirán que las preocupaciones...

— ¡Y tenía razón!

— ¡Pues, ya lo creo!

— Y le llama V. desgraciado.

— Señores, por favor, si no he concluído.

— ¡Ay! ¡siga V. González, siga V. ¡niñas! ¡qué imprudentes!

— Figúrense Vds. ahora que á cualquiera de nosotros, después de habernos sacado á la lotería diez y seis mil duros, le dan la estupenda noticia de que por no haber entrado en el bombo un millar, se ha anulado el sorteo; ¿quién no se desmayaría, ¿síquiera? ¿Qué menos de un desmayo exige tamaña catástrofe? ¿Han comprendido ustedes la inmensa desgracia del malaventurado Pérez? ¿Qué suerte más negra es posible imaginar? — ¡Desgraciado en amores! ¡Desgraciado en el juego! — repetía el pobre casi loco. — ¡i no es posible! ¡Si no puede ser, hombre! ¡Si parece mentira! Si...

— ¡Basta por hoy! — exclamó de pronto con voz de trueno y levantándose de la mesa D. Sisebuto. — ¡Basta por hoy! ¡Cuatro codillos! ¡Que los aguanten otros!

— Pero... ¡D. Sisebuto...!

— ¡Señor D. Sisebuto!

— ¡Desgraciado en el juego...! Me parece que usted...

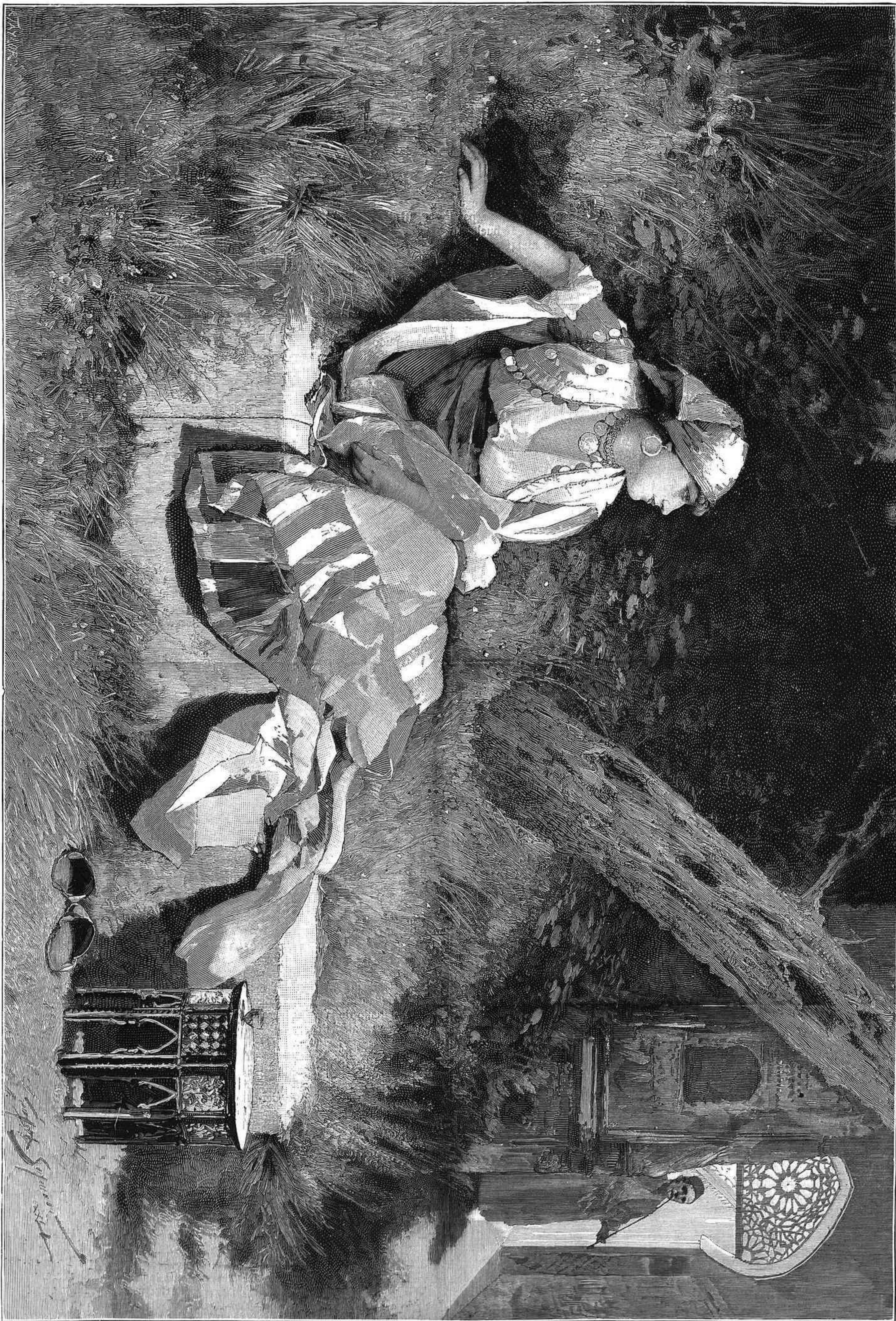
— ¡Ya ven Vds. lo que nos ha contado González!

— Sí... pero usted...

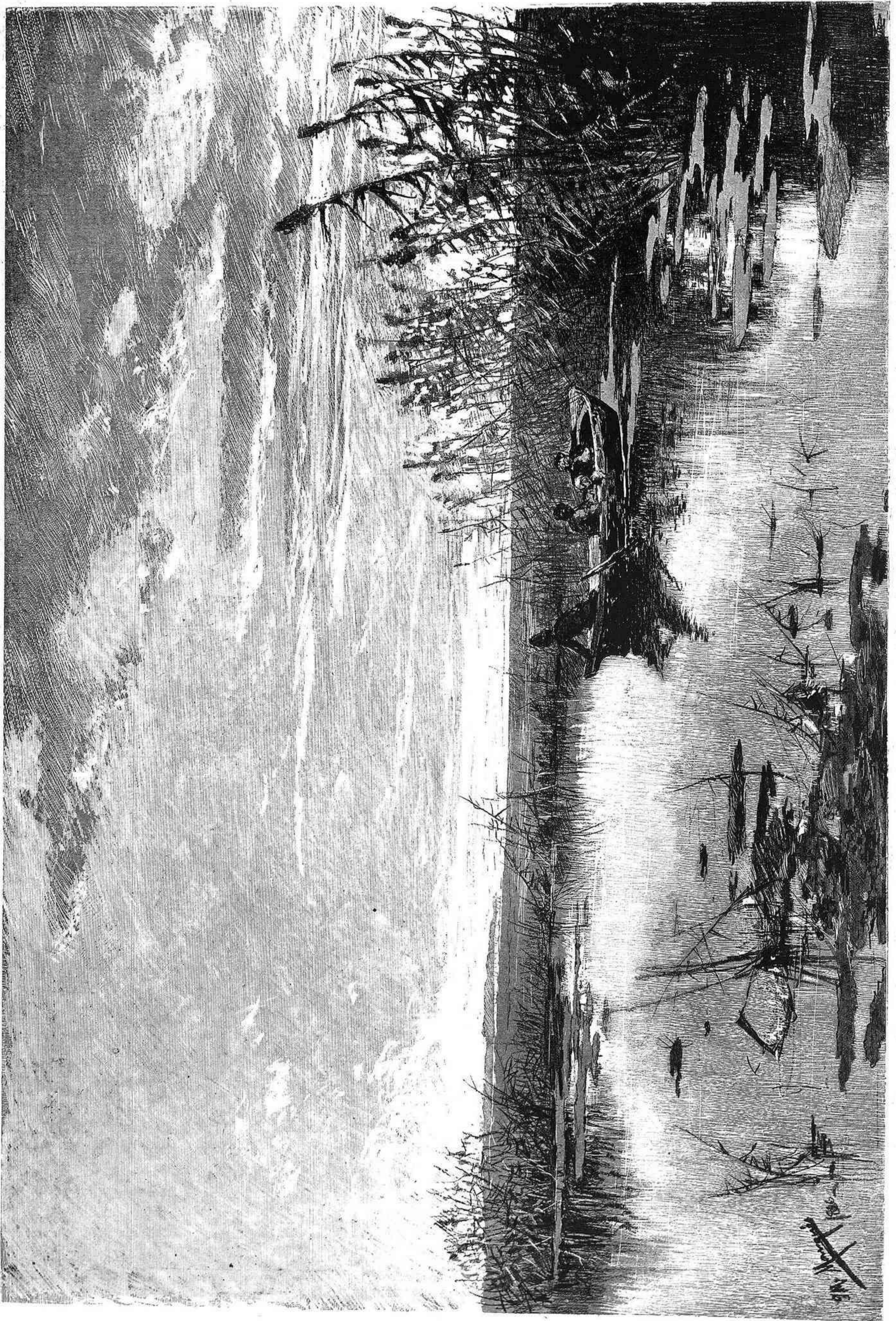
— ¡Usted es una excepción!

— Vaya, D. Sisebuto, si V. es el hombre de la suerte...

(1) El nombre dicen que provino de una enorme sierpe que hacía grandes estragos en tierras de Tarascon.



HUYENDO DEL FASTIDIO, cuadro de F. Seymour



EL ESTANQUE, dibujo de J. M. Marqués

— ¡Don Sisebuto!  
... Y en el entretanto... ¡Oh, media luz de la sala!... ¡Oh, Soler!... ¡Oh, Conchita!... ¡Oh fragilidad eterna!... ¡¡Ah!!... ¡¡Oh!!  
¡Corramos un velo...!

CARLOS FERNÁNDEZ-SHAW

### EL RAMO DE MARGARITAS

POR DON F. MORENO GODINO

(Continuación)

Inútil será decir que el almuerzo le pareció interminable. Permanecía casi inmóvil, sin atreverse a mirar hacia ningún lado, comiendo con el extremo de los labios y sin darse cuenta de lo que comía.

Entretanto Mercedes pensaba:

— ¿Será posible lo que cuentan de él, con ese aspecto de cartujo?

Luego añadía para sí:

— Debería mostrarse más obsequioso. ¿Me creará tal vez demasiado niña para fijarse en mí?

Y a consecuencia de estas reflexiones, alargó su vaso á Santiago, diciendo con maligna y graciosa expresión:

— Si mi vecino tuviese la bondad...

— ¡Ah! señorita, — balbuceó el atortolado joven tomando una botella para echar vino en el vaso que le presentaban; y buscando al mismo tiempo una frase galante, añadió: — ¡qué vaso tan bonito!

— ¿Le gusta á V.? Es un vaso que papá me trajo de Alemania; está muy bien grabado; tiene ramilletes de margaritas. ¿Le gustan á V. las margaritas? A mí me encantan no obstante su silvestre sencillez; pero por estos alrededores no las hay.

— Por cerca de casa, sí; — se atrevió á decir Santiago.

— No es extraño. Creo que Vds. viven hacia la cuesta de Zulema y aquello está al mediodía... Y ahora recuerdo: me parece que una mañana ví á usted...

Santiago se puso encendido; pensaba en el incidente del látigo, y tratando de disimular su turbación, tomó maquinalmente un vaso para beber; pero desgraciadamente fué el vaso de las margaritas el que se llevó á los labios.

Mercedes se turbó y dijo para sí:

— Efectivamente, va descubriendo la hilaza.

El pobre joven se fijó en la inconveniencia que había cometido; al poner apresuradamente el vaso sobre la mesa, dejó caer al suelo el servilletero de Mercedes; y al querer cogerle antes de que cayera, dió un golpe á ésta en el brazo.

La joven le observaba preocupada, diciéndose:

— ¿Qué significa esto?

Entretanto el pobre mártir, queriendo reparar en parte tantas torpezas, trató de levantar con disimulo el objeto caído, buscándole con el contacto de los pies.

— Ya le tengo, — pensó, sintiendo el susodicho contacto con una cosa redonda al parecer.

### VIII

Trató de atraerle hacia sí; después reparando en que doña Genoveva le miraba de reojo, se hizo la reflexión de que podía esperar una ocasión favorable para levantarle; pero de vez en cuando, llevaba un pie al mismo sitio para asegurarse de que el objeto estaba allí.

Entretanto D.<sup>a</sup> Genoveva hacía mil aspavientos afectando disimulo.

— ¿Por qué me mirará tanto? — pensaba Santiago.

De repente, le pareció que el objeto que estaba en el suelo se metía bajo su pie, y apoyó éste con alguna fuerza.

Entonces D.<sup>a</sup> Genoveva murmuró á su oído:

— ¡Me ha hecho V. daño!

¡Estupefacción! ¡horror! Su pie pisaba el de aquella señora. Retiró la pierna como si hubiese sentido la picadura de una serpiente é hizo un esfuerzo para no levantar



EN LA BAHÍA, cuadro de H. Woods

tarse de la mesa. Afortunadamente, terminó el almuerzo, y Santiago se apresuró á seguir á su tío y al marqués, que se apercebían para la caza.

Se trasladaron todos á un gabinete próximo y entonces dijo el general á su sobrino:

— He perdido el pañuelo; vé al comedor á ver si le encuentras.

Santiago obedeció. Volvió al comedor en donde estaba Agueda, la criadita, levantando la mesa, la cual al ver al joven dió un grito y luego huyó *despavorida*.

Sin embargo, en sus adentros no se hallaba completamente tranquilo.

¡Cuántas torpezas en tan poco tiempo! Decididamente tenía que renunciar al trato de las mujeres.

Se trasladaron á la heredad en donde debía verificarse la caza.

Durante el trayecto y casi de repente, el viento cambió haciéndose *viento de Toledo*, esto es, precursor de lluvia infalible. Las nubes poco densas que entoldaban el cielo desde el amanecer, fueron tomando cuerpo.

Comenzaron á caer gruesas gotas de lluvia.

— Nos vamos á mojar, — dijo D. Blas.

— No, general, — observó el marqués, — no es esa la palabra: á calar. Conozco este aire; antes de un cuarto de hora estará cayendo un diluvio.

— ¿Supongo que pasajero?

— No tiene trazas de eso; el nublado ofrece el aspecto de un temporal, y por tanto opino que suspendamos nuestra expedición y nos refugiemos en casa si tenemos tiempo para ello.

— ¿Sin cazar?

— ¿Y qué remedio?

— ¡Caramba!

— No hay nada perdido. Ustedes no tienen señoras que les esperen; esta noche se quedan en casa, y si mañana, como es probable, ha mejorado el tiempo, cumplimos nuestro propósito.

— Pero...

— Advierto á Vds. que no nos hacen la más mínima extorsión; por el contrario, charlaremos y se nos hará más corta esta encerrona forzosa.

— En ese caso...

— Nada, nada, volvamos y de prisa, porque la lluvia se formaliza.

Este contratiempo fué un golpe terrible para Santiago.

### IX

Volvieron á la quinta. El marqués y el general se detuvieron en una antesala á examinar una pannotia, y nuestro héroe entró en un gabinete contiguo, en que no había nadie.

Vió un objeto en el suelo y se bajó para recogerle: era un guante pequeño como de mujer. Después de haberle mirado con cierto estremecimiento, iba á dejarle sobre un velador, pero oyendo ruido, se atortoló como de costumbre, y se llevó á la espalda la mano en que tenía el guante, pues vió con verdadero espanto á Mercedes y á D.<sup>a</sup> Genoveva que entraban en la pieza.

— ¿Está V. solo? — preguntó aquella con amabilidad.

— Sí, señorita, — balbuceó Santiago. — Acabamos de llegar... ya ve V... la lluvia...

— ¿De modo que no han cazado ustedes?

Santiago contestó maquinalmente, estrujando el guante entre sus dedos y sin saber qué hacer. Otro cualquiera

hubiera discurrido una frase galante para preguntar á cuál de las dos señoras pertenecía el objeto encontrado; pero él sólo se fijó en la idea de que no habiéndolo hecho en seguida, era inconveniente la devolución del guante.

Por tanto, aprovechando una distracción de sus interlocutoras, deslizó éste en el bolsillo de su americana.

¡Imprudente! Un rato después, cuando ya todos estaban reunidos en el gabinete, y en el momento en que Santiago, distraído, sacaba el pañuelo para sonarse, Aquiles, el raquítico gomo, dijo con voz estridente:

— Mercedes, ¿no buscabas un guante?

Esta frase fué como un golpe de maza para el pobre Santiago, porque vió á su lado en el suelo el guante que antes se había guardado en el bolsillo. Entonces, aturrido, le levantó diciendo:

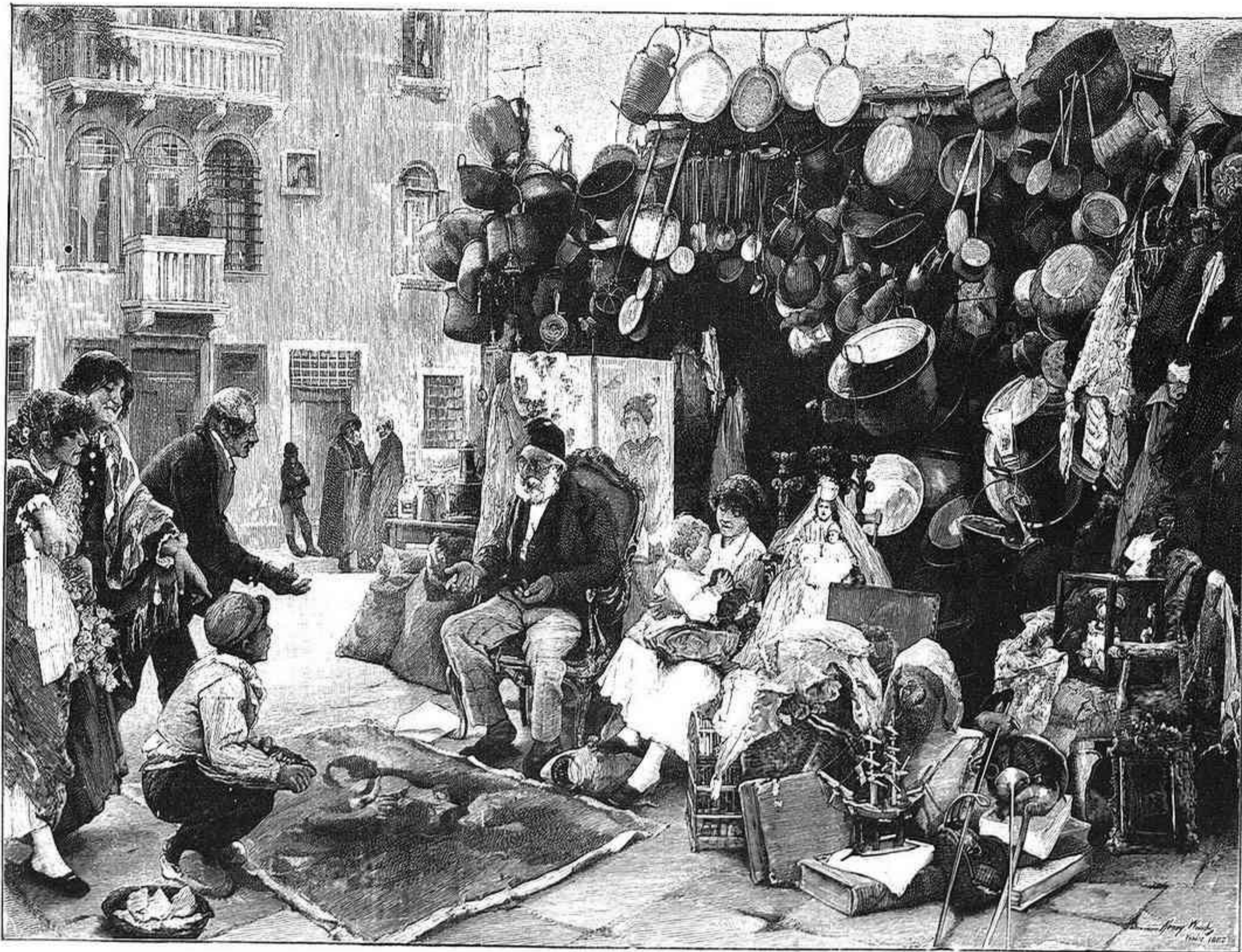
— Este guante es mío.

Y volvió á guardárselo en el bolsillo.

Mercedes se puso muy encarnada.

El resto de la tarde pasó sin incidente alguno.

La comida fué más soportable que el almuerzo, pues aunque nuestro héroe estuvo también colocado entre las



UN BAZAR AL AIRE LIBRE, cuadro de H. Woods

Aquiles oyó este grito y dijo para sí:

— El tunante hace de las suyas; pero yo le vigilaré.

Un cuarto de hora después, cuando Santiago se halló en el campo, á caballo, rodeado de los galgos del marqués que correteaban, exhaló un suspiro de satisfacción.

La comida fué más soportable que el almuerzo, pues aunque nuestro héroe estuvo también colocado entre las

dos señoras, éstas parecían preocupadas. Sin embargo, Santiago no se atrevió a mirar a ningún lado, é hizo los menores movimientos posibles, temeroso de cometer alguna torpeza.

Las miradas escudriñadoras del joven gomoso le molestaban.

En una ocasión sintió el contacto de un objeto que rozaba con su pie derecho y como en este lado estaba sentada el ama de llaves, retiró la pierna, poniéndose encendido de vergüenza.

¡Pobre Santiago!

Un rato después de tomar café en el gabinete contiguo, dijo el marqués:

— He observado que en este clima, el tiempo sigue las mismas fases durante algunos días. Estoy seguro de que mañana, como hoy, no lloverá hasta por la tarde. Por tanto, opino que verifiquemos temprano nuestra expedición, estando de vuelta para la hora del almuerzo, ¿qué le parece á usted, general?

— Perfectamente; así encontraremos á las liebres descansadas y darán más que hacer á los perros.

— Pues para estarlo nosotros también, creo que debemos retirarnos. Si hace buen tiempo yo me encargo de avisar á ustedes.

Media hora después cada mochuelo se había ido á su olivo.

X

Pero Mercedes no se había acostado.

Despidió á su doncella y se quedó sola y pensativa.

Ella misma se quitó las botas y se calzó unas chinelas tan bonitas y tan pequeñas, que parecían haber pertenecido á la Cenicienta.

Sacó su pañuelo del bolsillo del vestido y lo dejó sobre un velador, así como también una cinta azul que llevaba en la cabeza; y hechas estas operaciones con lentitud y como maquinalmente, se puso á mirar á la luna, que después de una lluvia tropical, aparecía en un cielo despejado.

Pero yo creo que miraba á la luna sin verla.

No era ella sola la única que velaba.

Santiago estaba en su cuarto, situado en el segundo piso de la quinta, precisamente encima del de Mercedes; y completamente vestido, se entregaba al siguiente monólogo:

— Digan lo que digan, yo no quiero hacer el papel de víctima. Basta con el día de hoy. Me largo; por nada en el mundo arrostraría el día de mañana. La noche está magnífica, y el paseo me sentará bien. Cuando mi tío me encuentre en casa, gruñirá y rabiará; pero la tranquilidad ante todo. Me salgo por la puerta del jardín, y que vayan á buscarme.

Tomó su sombrero, y cuando ya tenía la mano puesta sobre el picaporte de la puerta de su cuarto, le detuvo una reflexión.

— El tío, — se dijo, — tiene el sueño muy ligero, y como he de pasar por su dormitorio, me va á sentir.

Pero en aquel mismo momento se le ocurrió una idea.

(Continuará)

EL BARCO SUBMARINO

SISTEMA NORDENFELT

La cuestión sobre la lucha del torpedero contra el acorazado es hoy la que tal vez preocupa más vivamente al mundo de los marinos, y hasta el público se fija en ella con atención interesándose en los argumentos contrarios aducidos en defensa de ambos sistemas. Entretanto espérase que un gran combate naval venga á demostrar evidentemente la superioridad indiscutible de uno de los dos. Hasta ahora, los torpederos no parecen hallarse aún en estado de proseguir siempre la lucha con buen éxito, pues con dificultad pueden mantenerse en alta mar, como lo han demostrado las pruebas en simulacros de combates navales verificados últimamente en Inglaterra; y además es probable que no puedan atravesar las redes de seguridad, de compactas mallas, con que se rodean los acorazados. Por último, podríamos preguntarnos si la vía de agua que determina la explosión de un torpedo producirá necesariamente una avería de suficiente importancia en el buque grande, pues por el sistema de construcción actual se protege el acorazado con una red de compartimientos; de modo que la vía de agua debería localizarse en uno aislado sin producir más accidente.

Como quiera que sea, para obtener con los torpedos un efecto más seguro trátase ahora de hallar el medio de lanzarlos con ayuda de barcos submarinos, que puedan tocar al acorazado en las partes más peligrosas de su casco inferior, evitando la red que detiene los torpedos y la coraza metálica que protege al buque contra el choque de los proyectiles de la artillería enemiga.

Las principales naciones de Europa estudian atentamente el asunto, y han hecho ya experimentos muy repe-

tidos, cuyos resultados no se dan á conocer; también los inventores se ocupan mucho de la cuestión, y aunque el problema no se haya resuelto aún, no se debe considerar irrealizable. M. Nordenfelt, que le estudia particularmente, ha ideado un tipo de barco submarino que excita vivamente la curiosidad, y sobre el cual daremos aquí algunos detalles, tomados de una revista marítima extranjera, y de una conferencia que el 29 de enero último dió en Londres M. Nordenfelt ante los altos funcionarios del Almirantazgo inglés y los príncipes de la familia real.

tiene la forma de un cilindro afilado en ambas extremidades para disminuir la resistencia; la anchura máxima es de 3",65, la longitud total de 19",50; su mayor altura en el centro, de 3",25, el desplazamiento total, de 60 toneladas, y la celeridad sobre la base medida, de 9 nudos. La tripulación se reduce á tres hombres, que se sitúan en el centro del barco delante del hornillo de la caldera. La torrecilla del comandante, que sobresale en la parte superior, tiene una puertecita, por la cual se pasa á una escala que conduce al interior del barco; y cuando éste se

halla sumergido, una cúpula de cristal permite observar el mar.

El barco se ha construído con planchas de acero dulce, reforzadas interiormente; la máquina principal pone en movimiento el hélice de popa, asegurando el desplazamiento horizontal del barco, así como la bomba de aire, las que alimentan la caldera y las de circulación de agua caliente: es del tipo compuesto de condensación. El cilindro de alta presión mide 0",30 de diámetro y el de baja presión 0",63. Una segunda máquina motriz de dos cilindros de 0",10 de diámetro hace funcionar un ventilador, así como los dos hélices laterales de eje vertical que tienen por objeto asegurar la inmersión del barco. La caldera que alimenta las máquinas es del tipo ordinario; los productos de la combustión caen en una caja especial, inmediata á la cúpula, y son arrojados fuera á la parte inferior, para evitar el humo, que revelaría la presencia

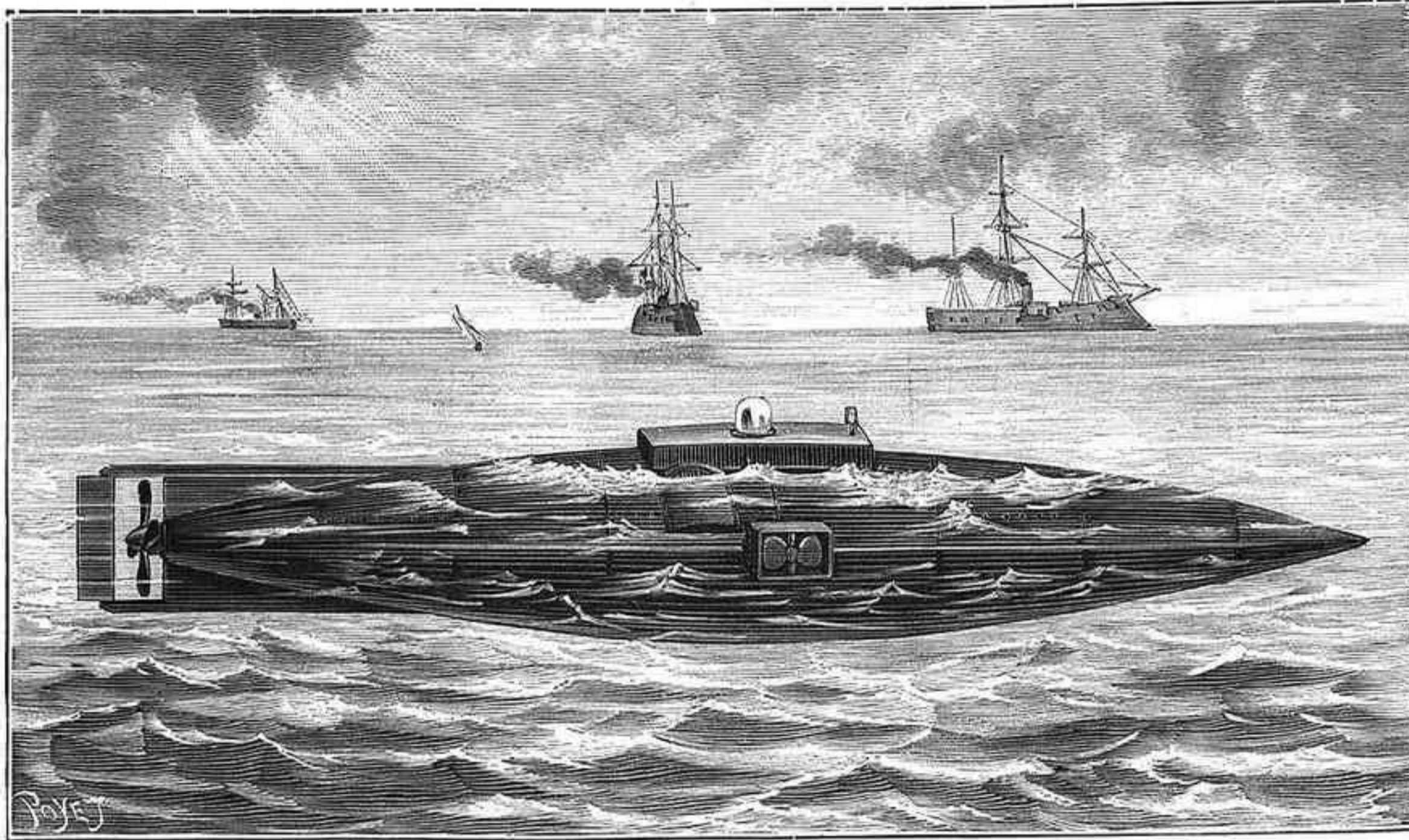


Fig. 1. — El barco submarino de M. Nordenfelt

M. Nordenfelt atribuye principalmente el mal éxito de las diversas tentativas hechas antes con los barcos submarinos á sus dimensiones demasiado reducidas, que no permitieron comunicarles una fuerza motriz suficiente, tanto para dirigirlos como para asegurarles el medio de ascender y sumergirse fácilmente en el mar. El nuevo barco, movido por vapor, sólo lleva tres tripulantes; y

del barco.

Cuando este último se ha sumergido, el vapor se produce por el calor acumulado en dos depósitos de agua hirviendo, que contienen ocho toneladas, hallándose el uno á proa y el otro á popa. El agua de estos depósitos se mantiene siempre á una elevada temperatura estableciendo una corriente de cambio continuo con la caldera por medio de tres bombas de circulación gobernadas por la máquina principal. Los depósitos se pueden vaciar en caso necesario para aligerar el barco, cuando se quiera remontar á la superficie.

En tiempo normal, el barco navega flotando, con su depósito de agua fría vacío; pero cuando se halla bastante cerca del enemigo para que se le pueda ver, comienza á sumergirse de modo que solo la cúpula llega al nivel del agua. Al efecto introdúcese cierta cantidad de esta en el depósito de agua fría, y ciérranse todas las salidas de aire y la chimenea, así como el hornillo de la caldera. Los hélices laterales se ponen en movimiento para determinar la inmersión, regulándose siempre la profundidad, según hemos dicho, por la válvula automática, gobernada por la presión de agua exterior que abre ó cierra el depósito de vapor. En cuanto á la invariabilidad de la posición horizontal, se asegura por los timones especiales de que ya hemos hablado.

Al acercarse al buque que se trata de atacar, el barco se sumerge completamente, pudiendo hundirse á veinte metros de profundidad, según M. Nordenfelt; y entonces lanza mecánicamente un torpedo movible de 4",26, colocado en la proa del barco.

Las pruebas con este último se efectuaron en Estocolmo los días 22, 23 y 25 de setiembre último, á presencia de los delegados de todas las naciones europeas, del Brasil y del Japón.

Los días 22 y 23, el barco hizo diversas evoluciones, manteniéndose sumergido; pero la celeridad no excedió de seis nudos por hora: en el ensayo de inmersión se emplearon treinta minutos. El día 25, hallándose reducida la tripulación á dos hombres, además del comandante y maquinista, pues el fogonista se había herido la vispera, se trató de simular el ataque de una cañonera, y el barco debió acercarse sumergiéndose desde el punto en que se le hubiera podido ver.

Recorrió el trayecto con escasa celeridad, y hubo de remontar varias veces á la superficie para tomar aire. Según los informes oficiales, el aparato destinado para asegurar la horizontalidad de la posición no funcionaba todavía de una manera que pueda infundir plena confianza, pues el barco ha de remontar á menudo á la superficie, exponiéndose así al peligro de ser descubierto. La celeridad de la marcha del barco sumergido es muy insuficiente, no excediendo de tres nudos; y por último parece que el armamento que puede recibir no basta para su defensa.

Por esto se ve que si el problema no está del todo resuelto aún, la cuestión se halla en el terreno de la práctica; y según lo ha observado el duque de Edimburgo después de la conferencia de M. Nordenfelt, este inventor ha dado un gran paso hacia la solución, que tendrá mucha importancia para las futuras guerras marítimas. Sin embargo, podríamos preguntarnos, suponiendo que el problema estuviese completamente resuelto, cómo podrá la tripulación del barco submarino, tan próxima al buque enemigo en el momento de la explosión, escapar bastante á tiempo para no quedar aniquilada á su vez por el mismo golpe dirigido contra su adversario.

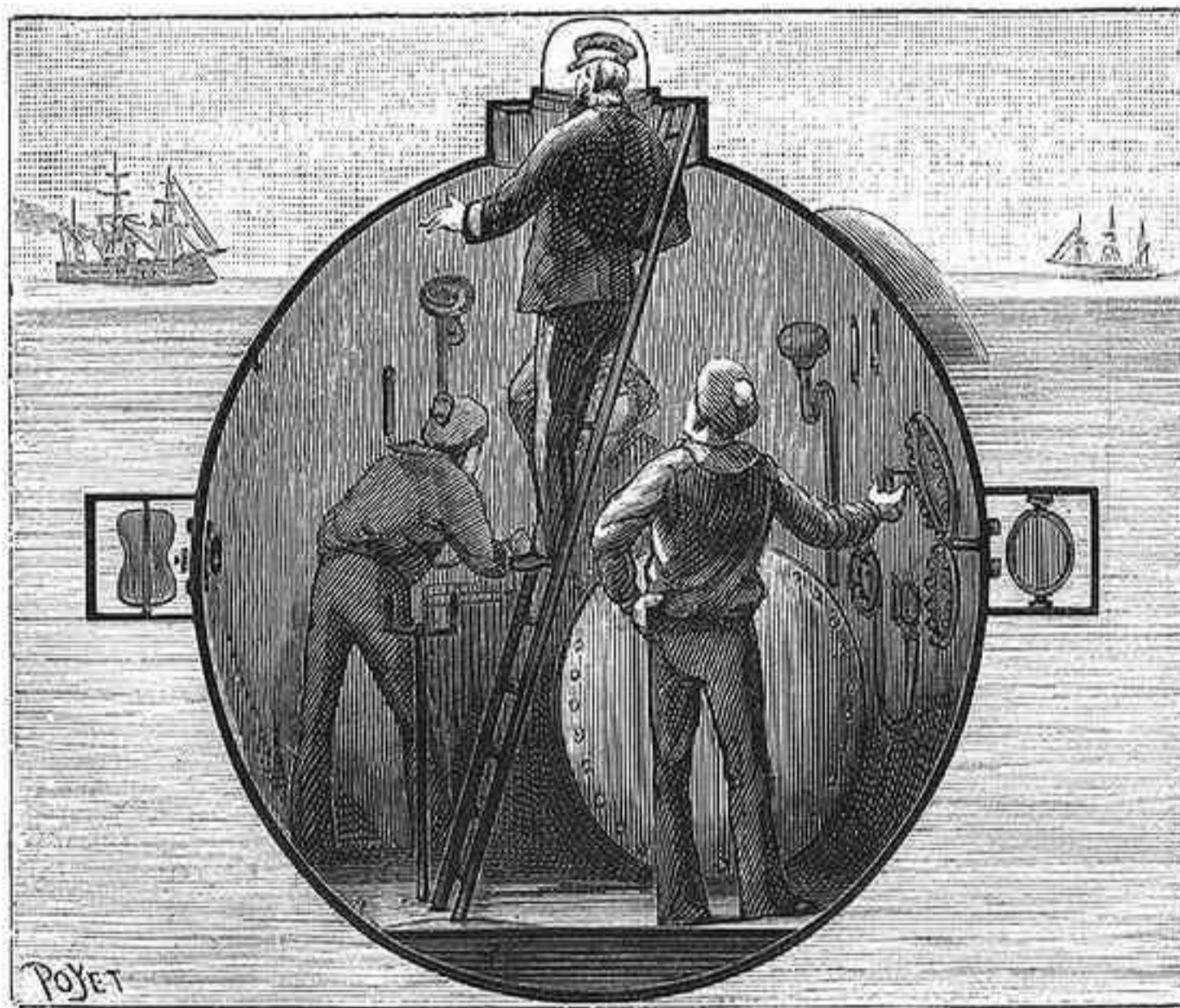


Fig. 2. — Corte del barco submarino

puede recorrer, según el inventor, ciento cincuenta millas por lo menos, sin que sea necesario renovar la provisión de carbón. El aparato de inmersión se compone de dos hélices laterales de eje vertical, movidos por una máquina de vapor especial, y la inmersión se regula por una válvula automotriz. Además se emplea un depósito auxiliar de agua fría, en el cual se pueden introducir, según los casos, hasta cuatro metros cúbicos de agua.

Para asegurar la posición horizontal del barco debajo del agua, condición de todo punto indispensable, los timones colocados en la proa están provistos de contrapesos que mantienen siempre el barco en su posición normal.

M. Nordenfelt dice que se ha propuesto ante todo conservar el motor de vapor á fin de que su barco pueda tener independencia y le sea fácil renovar siempre las provisiones de agua necesarias sin necesidad de ir á tierra. Se ha evitado el uso de la electricidad, calculándose que las baterías y acumuladores, á los cuales se hubiera debido apelar, eran aparatos demasiado susceptibles de frecuentes descomposiciones, y que por lo mismo podían comprometer la seguridad del barco. Los temores de M. Nordenfelt son quizás un poco exagerados bajo este punto de vista, y así se priva de un auxiliar particularmente precioso, que hubiera sido, por el contrario, muy propio para la maniobra de un barco submarino, puesto que los motores eléctricos tienen la enorme ventaja de no viciar el aire, no producir ruido ni humo, y ocupar poco espacio. Por otra parte, creemos que esta cuestión se estudia atentamente en diversos países extranjeros, donde se hacen pruebas para la aplicación de los motores eléctricos al nuevo tipo de barco.

Hemos representado en las figuras 1 y 2 el dibujo del barco Nordenfelt, ensayado en Estocolmo: según se vé,

## VIAJE Á FILIPINAS

POR EL DOCTOR J. MONTANO

(Continuación)

El hipócrita Mani nos dice que muy pronto se franqueará aquel mal paso; pero la verdad es que el jefe, no osando ya negarse á conducirnos al volcán, por temor á nuestras carabinas, trata de hacernos desistir, aumentando las dificultades de la empresa. Durante cinco horas mortales, remontamos con mucho trabajo la corriente en medio de oleadas de espuma, que se deslizan á cada paso sobre las rocas pulimentadas; doce veces nos vemos obligados á cruzar el torrente, luchando contra furiosos torbellinos, para buscar un sitio practicable, y con frecuencia nos hundimos hasta los hombros en estas aguas, que nos parecen de hielo. Por lo demás, el paisaje es maravilloso; por ambos lados elévanse perpendicularmente á la altura de 50 á 100 metros las paredes de roca, compuestas de conglomerado oscuro, por las que se precipitan frescas cascadas; largas cortinas de bejuco y de orquídeas bajan hasta las aguas, ocultando en parte grandes cavernas, llenas de moles desprendidas, las cuales exploráramos de buena gana si pudiéramos detenernos en medio de tan difícil camino. Sobre nosotros, una espesa bóveda de helechos arborescentes y de amentáceas deja filtrar los rayos del sol, produciendo los más hermosos efectos de luz sobre las aguas que se precipitan formando una serie de mugientes cascadas. Nuestros Bagobos, cuyo traje se reduce á un calzón de abacá de vivos colores, y que empuñando siempre su lanza están diseminados, comunican al conjunto un carácter extraño, mágico; y si no estuviésemos empapados hasta los huesos, molidos y llenos de contusiones, podríamos creernos juguetes de un sueño.

Al fin salimos de este torrente de Tagulaya, cuyas maravillas y dificultades no olvidaré jamás; después franqueamos una cuesta escarpada, y por fin llegamos á las doce de la mañana, rendidos de fatiga, á unas casetas rodeadas de pequeños campos de maíz: es la rancharía de Tagaydaya, perteneciente al dato Bitil, aliado de Mani. Los Bagobos de Tagaydaya no han visto nunca europeos, y al principio parecen desconfiar de nosotros, pero tranquilizados después, nos dan los pocos víveres de que pueden disponer, y uno de mis muchachos les compra cinco pollos por algunas cuentas de vidrio y varias chucherías que apenas valen 30 céntimos.

Por la noche, Mani, Bitil y todos sus hombres celebran consejo, entablando unos *bitchara* (discusión, conferencia) interminables. Uno de nuestros compañeros, que comprende bien el dialecto bagobo, nos dice que, juzgando por la prueba de esta mañana, les parece demasiado difícil desanimarnos, y los Infieles se resignan á conducirnos directamente al pie del volcán.

8 octubre. — Uno de nuestros compañeros, resintiéndose del día de ayer, ha tenido un fuerte ataque de fiebre, mas espero que mañana se hallará en estado de seguirnos. Por desgracia, su indisposición persiste; y como los pocos recursos de la rancharía de Bitil, y los escasos víveres que llevábamos no nos permiten diferir la ascensión, es preciso dejar al enfermo en Tagaydaya, con una provisión de quina, al cuidado de uno de sus amigos y de dos hombres de los más cansados.

El 9 proseguimos nuestra marcha, franqueando el monte Pupug, de 789 á 1080 metros de altura, que se extiende en una ancha meseta cubierta de bejuco con flores sonrosadas (1), y de una vegetación magnífica. La temperatura del suelo se eleva marcadamente, y el aire está im-

(1) Familia de Melastómeas.

pregnado de un olor sulfuroso; al pie de la vertiente norte del monte Pupug franqueamos una de las fuentes del Tagulaya; en la orilla opuesta, al principio muy escarpada, la vegetación cambia completamente: á las esencias que hasta aquí dominaban, sucede un bosque de helechos arborescentes de 10 á 20 metros de altura, cuyos troncos, así como el suelo, están cubiertos de una espesa capa de musgo y de líquenes (2); la humedad es extrema; el agua se desliza por el terreno, por los troncos y las hojas, comunicando al paisaje el aspecto de un bosque submarino. A las dos de la tarde, la pendiente se suaviza, y penetramos en el lecho de un torrente casi seco, donde nos detenemos una media hora: este punto se halla á 1680 metros de altura, y los indígenas le llaman *Badayán* ó *Siribán*.

Proseguimos nuestra marcha siguiendo el lecho del torrente formado por una profunda cortadura de la montaña, donde deben producirse numerosas cascadas cuando llueve. Por fortuna, apenas hay agua ahora, y conseguimos, no sin dificultad, franquear las enormes moles que encontramos á cada paso. La fatiga de nuestros hombres, pesadamente cargados, es extrema; uno de ellos pierde el conocimiento y se deja caer sobre una estrecha cornisa, al borde de un abismo; la asfixia pulmonar es inminente, y con mucho trabajo podemos conducirlo al punto en que acampamos, á la altura de 2229 metros. Estamos en medio de los helechos de escasa talla, impregnados de humedad, tanto más incómoda cuanto que durante la noche mi termómetro de mínima desciende á 8°.

(2) *Hypnum*, *Usnea*, *Sclera*, etc.

Aquí cesan los informes de nuestros indígenas. Vemos muy distintamente el volcán, del que me apresuro á sacar un croquis. El Apónos presenta su vertiente sud, dividida por una ancha grieta, de la cual se escapan nubes de vapores; nos parece infranqueable, y en su consecuencia, no pudiendo subir sino por uno de sus lados, nos decidimos por el del este: nuestra inspiración ha sido feliz, porque es el único camino practicable.

10 octubre. — Aunque hayamos alcanzado la altura de 2229 metros, aun podemos subir bastante más; y durante dos horas la marcha es sumamente penosa. Los helechos arborescentes han desaparecido á la altura de 1900 metros, y ahora nos hallamos en medio de una compacta espesura de vegetales de la misma familia, pero subarborescentes; sus troncos ramificados y nudosos constituyen un compacto y mullido lecho, sobre el cual no se puede avanzar sino saltando de una rama á otra. Después de sufrir muchas caídas, de ninguna gravedad, pero cuya repetición es muy fatigosa, alcanzamos el punto en que la vegetación, achaparrada y clara (3), no es ya un obstáculo (2370 metros de altura). Se comienza la ascensión propiamente dicha en medio de moles de *andesitas* y de cenizas, cubiertas en gran parte de una capa de azufre de uno ó dos centímetros de espesor; en los huecos de las rocas, lavadas por frecuentes lluvias, encontramos agua muy buena, que nos alivia mucho. La ceniza aglomerada retiene los fragmentos de *andesita*, que forman escalones muy cómodos.

A las diez estamos en el borde de la gran grieta mediana que distinguíamos ayer; su anchura es de unos 50 metros, y sus paredes verticales de una elevación que varía de 20 á 60, componiéndose de una mezcla de *andesitas* y cenizas; de ellas se escapan, produciendo un agudo silbido, chorros de ácido sulfuroso, cuya blancura se destaca vivamente sobre el tinte amarillo de la espesa capa de azufre que tapiza toda la grieta. El suelo comienza á ser abrasador, y la aridez más marcada;

sólo algunas matas se cruzan en medio de las cenizas. En este punto los indígenas se detienen vacilantes; pero viéndonos resueltos á seguir avanzando, un esclavo viejo, que se precia de tener algo de mágico dice á sus compañeros que pueden seguirnos sin temor, pues acaba de ver á *Mandarangán* salir del cráter y perderse en medio de las nubes. Al oír esto, varios indígenas gritan que también lo han visto ellos; y tal vez digan más verdad de lo que piensan, pues la llegada de los europeos al santuario, hasta entonces respetado, de una divinidad bárbara, es un paso más en la senda de la civilización, ante la cual deben desaparecer, en efecto, los dioses del asesinato y de la esclavitud.

A medio día llegamos al pie del cráter, donde hay un vallecito cuyo lado norte, menos alto que el opuesto, parece la cima del volcán, visto desde Davao. En este momento hubiera podido hacer interesantes observaciones sobre la topografía del país, pero las nubes nos invaden. A pesar de todo, resolvemos terminar la ascensión, y sin dejarnos imponer por la verticalidad de la vertiente exterior del cráter, llegamos á la cima sin grandes dificultades, gracias á la disposición de las moles de *andesita*, que forman casi en todas partes una escalera bastante cómoda. En el momento mismo de llegar al término de nuestra ascensión, las nubes que nos rodean se oscurecen, y al punto nos inunda una lluvia fría y compacta.

(Continuará)

(3) Los *leucopogon* (Eupacrideas) abundan en este terreno de cenizas entre los 2,000 y 3,000 metros de altura.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN



Viaje á Filipinas.—Paso del torrente Tagulaya